

una base política más allá de la región, descubriendo que tenían que depender de la Guardia Nacional y su aliado nacional, Porfirio Díaz, para conseguir mantenerse en el poder.

La obra tiene sus puntos débiles. La narrativa se convierte en un relato caótico de ofensivas y contraataques militares, comprensibles sólo con vistazos frecuentes a los mapas detallados incluidos en el texto. Los autores a veces nos ofrecen vislumbres de cambios intrigantes dentro de los pueblos, pero no los desarrollan, tal vez por no querer alejarse demasiado de sus fuentes. La exuberancia de los detalles hace que esta obra se salga de la esfera de atención de los estudiantes universitarios de grados inferiores, mientras que el hecho de que los autores se nieguen a usar el marco teórico de estudios subalternos puede hacer que muchos especialistas y estudiantes de grados superiores no lo tomen en cuenta. Es lamentable, porque Thompson y LaFrance han presentado un desafío empírico sutil a la obra de Mallon.

MICHAEL T. DUCEY
University of Colorado at Denver
(Traducción de Eddy Gaytán)

Lynn Horton, *Peasants in Arms: War and Peace in the Mountains of Nicaragua, 1979–1994*. Athens: Ohio Center for International Studies, 1998. Monographs in International Studies, Latin America Series No. 30. xix + 372 págs. Fotografías, mapas, cuadros, notas, bibliografía e índice. US\$ 26.00 (en rústica), ISBN 0-89680-204-3.

Lynn Horton pasó dos años en el municipio nicaragüense norteño de Quilalí en 1992–1994 y realizó más de 100 entrevistas con residentes prosandinistas y antisandinistas. Ha usado el testimonio de sus informantes, junto con una amplia investigación de fuentes secundarias, para pintar un cuadro fiel de una comunidad sitiada durante la devastadora guerra que consumió a Nicaragua en la década de 1980.

“En la voluminosa literatura sobre la revolución nicaragüense y la guerra entre el gobierno sandinista y los contras patrocinados por los Estados Unidos, gran parte del análisis y el debate se ha centrado en decisiones políticas en los altos niveles del gobierno, tanto en Nicaragua como en Estados Unidos”, escribe Horton en el apéndice de *Peasants in Arms*. “Sin embargo, la voz de los campesinos de las comunidades rurales donde se peleó la guerra ha estado en gran parte ausente”. Su libro aspira a “empezar a llenar este vacío” (pág. 311). Y lo

hace de manera admirable: *Peasants in Arms* tiene derecho a reclamar un lugar en la lista corta de libros indispensables sobre la revolución campesina en Nicaragua.

Muchos observadores, incluyéndome a mí, durante mucho tiempo tendimos a considerar la insurgencia de los contras en el norte de Nicaragua como una filial de entera propiedad de la política exterior de Estados Unidos. Norton hace justicia al papel influyente de Estados Unidos, señalando que “sin acceso a más de \$ 400 millones en ayuda militar de los Estados Unidos”, la insurgencia probablemente sólo habría estado compuesta de “grupos rebeldes locales mal aprovisionados y sin coordinación que el FSLN [Frente Sandinista para la Liberación Nacional] podría haber contenido, si no eliminado completamente” (pág. 124). En lugar de eso, “se convirtió en una de las movilizaciones militares más grandes de campesinos en América Latina desde la Revolución Mexicana” (pág. 266). Dejando a un lado la intromisión extranjera, no había escasez de razones indígenas —económicas, políticas y culturales— para su crecimiento.

En realidad, fue en Qualilí donde estalló por primera vez una proto-contrarrevolución en Nicaragua, por gentileza de las bandas de las MILPAS (milicias populares antisandinistas), las cuales lanzaron un ataque contra el pueblo en julio de 1980, apenas un año después de que la revolución hubiera llegado al poder. “¿Por qué”, pregunta Horton, “sólo los finqueros de Quilalí y las zonas vecinas decidieron tan rápidamente que no había canales pacíficos para expresar su oposición creciente a la revolución y tomaron las armas no como último recurso, sino prácticamente como primera opción?” (pág. 110).

Las razones que aduce son numerosas. Las mismas incluyen “la historia de violencia y resistencia organizadas del municipio” (pág. 110) que se remonta a la era de Augusto César Sandino en la década de 1920 y principios de la década de 1930; su “sector finquero excepcionalmente fuerte y coherente” (pág. 111), que patrocinó y sostuvo los primeros brotes contrarrevolucionarios; el hecho de que la región estuviera muy alejada tanto de las políticas dictatoriales del régimen de Somoza como de la lucha unificadora de la rebelión dirigida por los sandinistas; y sobre todo, tal vez, las redes extraordinariamente resistentes de “vínculos de patrón-cliente y ayuda mutua” del municipio, las cuales crearon “un clima de quietud y una visión del mundo de solidaridad comunitaria y armonía de clases”. En consecuencia, “los líderes contras que eran finqueros pudieron forjar una base de clases múltiples de apoyo campesino recurriendo a vínculos de clientela y subrayando en su discurso elementos comunes de historia rural interior, cultura y formas de producción” (pág. 15).

La irrupción de la ideología revolucionaria sandinista en estas redes rurales bien establecidas provocó una respuesta doble entre los campesinos. Por una parte, el FSLN pudo generar “amplio apoyo entre la población de Quilalí” (pág. 89) con sus programas de salud y alfabetización, junto con proyectos de infraestructura que mejoraron substancialmente las vidas de los residentes. Incluso después de una década de guerra, una alta proporción de la población de Qualilí

votaba por el FSLN —de hecho, una proporción significativamente más alta que en la mayoría de las otras regiones del país. “En el fondo del apoyo de estos campesinos para el proceso revolucionario”, escribe Horton, “estaba la creencia de que el FSLN era el primer gobierno en la historia de Nicaragua que apoyaba y defendía los derechos de la mayoría de los pobres rurales y urbanos de Nicaragua” (pág. 93).

Sin embargo, las reformas agrarias sandinistas demostraron otra cosa. Aunque establecieron una serie de fincas y cooperativas estatales que formaron el núcleo de la presencia política y militar del FSLN en la región, los activistas predominantemente urbanos del Frente se toparon con un muro de indiferencia y hostilidad rurales. El fracaso de las primeras políticas de distribución agraria de los sandinistas, con su énfasis en fincas estatales y no en parcelas individuales, claramente representa una de las grandes oportunidades desperdiciadas de la revolución. “Al no responder efectiva y rápidamente a las exigencias de los campesinos pobres que pedían tierra, el FSLN no empleó tal vez su instrumento político más poderoso que potencialmente pudo haber puesto a estos campesinos del lado de la causa revolucionaria” (pág. 155).

Cuando el FSLN se dio cuenta de sus errores y empezó a ajustarse a las preferencias más individualistas de los campesinos del norte, en 1982–1983, ya era demasiado tarde para contener la oleada de contrarrevolución. Horton sugiere que estos fracasos “se pueden conceptualizar mejor no como ‘errores’ susceptibles de ser rectificadas fácilmente, sino más bien como un reflejo de tensiones más insolubles entre dos visiones del mundo distintas, la pro sandinista y la anti sandinista, con perspectivas contrarias sobre la naturaleza de la sociedad, la distribución de los recursos y los valores fundamentales” (pág. 302).

La polarización fue acentuada y más afianzada por el reclutamiento militar que los sandinistas introdujeron a finales de 1983 para hacer frente a la rebelión de los contras que iba en aumento, y por el proceso más amplio de militarización que convirtió las montañas de Quilalí en una zona de fuego sin restricciones y sus calles en “un mar de [uniformes] verde olivo” (pág. 203). En los dos capítulos más memorables de su libro, “Peasants in Arms” (Campesinos en armas, Capítulo 6) y “Life in the War Zone” (Vida en la zona de guerra, Capítulo 7), Horton examina el dilema al que se enfrentaban los hombres jóvenes del municipio, quienes se daban cuenta de que “era casi imposible... evitar tomar las armas con uno u otro lado” (pág. 172). Dado el sentimiento antisandinista predominante de muchos finqueros de Quilalí, se podía predecir que gran número de estos hombres jóvenes se unirían a los contras. “En algunas comunidades rurales de las montañas... unirse a los contras parece haberse convertido casi en un rito de paso para un hombre joven. Tomando las armas, participando en el combate y soportando las duras condiciones de la vida guerrillera, un campesino demostraba su valentía y era reconocido como hombre en la sociedad patriarcal de Quilalí” (págs. 188–189). Mientras tanto, “los hombres mayores, las mujeres y los niños se quedaban tras las líneas” y “diariamente oponían resisten-

cia a la revolución por medio de acciones tales como alimentar y albergar a las tropas de los contras, cuidar a los soldados contras heridos y recoger información. En algunas familias, incluso los niños muy pequeños servían de vigías y llevaban mensajes y comida a los contras” (pág. 206).

Horton lleva su relato hasta la era post-sandinista, examinando el proceso tenso y complicado de desmovilizar a las fuerzas militares, tanto de los contras como de los sandinistas, y el impacto de las estrategias económicas y políticas del gobierno de Chamorro en la vida del municipio. “La inestabilidad de posguerra fue... incrementada por un estado débil y fragmentado que no pudo responder eficazmente a las nuevas exigencias que se le hacían, una recesión económica de posguerra, y la desmovilización de miles de antiguos contras, quienes ahora exigían su cuota de poder, tierra, servicios y garantías de seguridad física” (pág. 257). Mientras que bandas armadas de “recontras” y “recompas” pro sandinistas vagaban por el área rural, los residentes urbanos a veces trataban de explorar las “posibilidades del surgimiento de nuevos vínculos horizontales de solidaridad entre los pobres en torno a necesidades e intereses comunes” (pág. 258). Un antiguo alcalde sandinista pregunta retóricamente: “[¿]Cómo es posible que seamos todos campesinos; que seamos trabajadores; que seamos miembros de familia; que seamos del mismo lugar... y que haya tanto odio y resentimiento[?]” (pág. 295).

Esta pregunta se puede hacer en relación con Nicaragua en su totalidad. El libro de Horton hace mucho para aislar los factores y las condiciones que enemistaron a los nicaragüenses durante la décadas de 1980 y 1990. Remata su análisis con una evaluación de la guerra de los contras en el contexto comparativo de las insurgencias campesinas latinoamericanas. La forma en que se desarrolló el conflicto militar y político en Quilalí, sostiene, da peso a las conclusiones de varios estudiosos que han investigado las revoluciones, incluyendo a Eric Wolf, Jeffrey Gould, James Scott y Timothy Wickham-Crowley.¹ Subraya que “las redes comunitarias y de familia extendida pueden servir de instrumentos poderosos de movilización rural” (pág. 299); que “las elites locales pueden tener mucho poder político y económico en desproporción con su número limitado” (pág. 301); y que “los pobres del área rural, especialmente los que tienen acceso insuficiente a tierra y que no están atados por los vínculos de patrón-cliente, muy probablemente son los partidarios potenciales del cambio revolucionario”

¹ Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century* (New York: Harper and Row, 1969); Jeffrey L. Gould, *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912–1979* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990); James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia* (New Haven: Yale University Press, 1976) y *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven: Yale University Press, 1985); y Timothy Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956* (Princeton: Princeton University Press, 1992).

(pág. 304). Es difícil cuestionar su análisis de las lecciones para los estrategias de la revolución: “La experiencia de Quilali sugiere que la construcción de... apoyo rural para el cambio radical es facilitada por el trabajo de concientización preparatorio a largo plazo entre los campesinos en tiempo de paz; liderazgo local y no de afuera; buen conocimiento de, y respeto por, las costumbres y las normas locales; políticas y programas flexibles que respondan a las necesidades sentidas por los campesinos; y la capacidad de la guerrilla o los estados revolucionarios para asegurar la seguridad física y económica básica de los partidarios campesinos” (pág. 310). En todas estas medidas, el frente sandinista no estuvo a la altura, ni mucho menos, de sus propias esperanzas y expectativas. Por eso ayudó a convertir un enfrentamiento potencialmente limitado entre fuerzas prorrevolucionarias y fuerzas contrarrevolucionarias en una conflagración mayor que produjo una “tensión incesante” y al final “agotamiento físico y emocional” (pág. 255), incluso entre los partidarios más firmes del FSLN.

Introducirse en este entorno complejo y conflictivo y ganarse la confianza de ambos lados —como Horton lo hizo claramente al compilar su cuerpo extensivo de testimonios directos— es una hazaña. Su trato equilibrado y empático de las personas a quienes entrevistó es igualado por un tono erudito desapasionado que permite que todos los aspectos importantes de la vida y la guerra en Quililí se destaquen nítidamente. Su libro es un esfuerzo de primera categoría que será consultado durante mucho tiempo por aquellos que deseen comprender mejor la “revolución en la familia” de Nicaragua y la rebeliones campesinas en Latinoamérica más generalmente.

ADAM JONES

Centro de Investigación y Docencia Económicas, México
(Traducción de Eddy Gaytán)

Marc Edelman, *Peasants Against Globalization: Rural Social Movements in Costa Rica*. Stanford: Stanford University Press, 1999. xxii + 308 págs. Lista de abreviaciones, fotografías, cuadros, figuras, mapa, notas y apéndice. US\$ 55.00 (en tela), ISBN 0-8047-3401-1 y US\$ 22.95 (en rústica), ISBN 0-8047-3693-6.

Al preguntarle a mis alumnos de universidad “¿qué les viene a la mente cuando piensan en Costa Rica?”, sus respuestas, empezando con las más frecuentes, incluyen: selvas tropicales, parques nacionales, conservación, ecoturismo, playas, café, bananos, alfabetismo, un país sin indígenas y sin ejército, pacífico,